

Cuba, participación ciudadana y espacio asociativo: algunos apuntes ¹

*Armando Chaguaceda Noriega.*²

¿Qué significa lo no gubernamental en un país de tradición estatal? ¿Por qué no usar mejor como criterio para evaluar a las asociaciones el concepto que tienen de la participación y sobre todo, la forma en que promueven la participación de la comunidad?

María López Vigil ³

Durante los últimos años en Cuba se han ido expandiendo experiencias participativas dentro del espacio asociativo, tributando al proceso de paulatina democratización de los órganos locales de Gobierno. Proceso no exento de contradicciones y retrocesos, derivados de variables exógenas (acoso estadounidense) y domésticas (impronta del subdesarrollo y tradición estatista), que evidencia una tensión dinámica entre la tradición democrática de izquierdas y las tendencias burocratizantes, típicas de un régimen socialista de estado. Al analizar dichos agrupamientos colectivos, sus tradiciones organizativas e imaginario, precisamos valorarlos, en su naturaleza política, en el tipo de nexo establecido con la estatalidad y por su capacidad de proyectar discursos autónomos para construir paradigmas alternativos o funcionales a la dominación dentro de cada contexto social.

Un elemento fundamental lo constituye el estudio de la cultura participativa de experiencias insertadas dentro del espacio asociativo. Entendiendo a este como entendiendo a este como la dimensión social que acoge *las formas -relativamente- autónomas de agrupamiento y acción colectivos, ajenas a la institucionalidad política y económica, que canalizan la actividad voluntaria de los ciudadanos en disímiles esferas de interés particular, caracterizados por lógicas de reciprocidad, solidaridad, interacción simétrica y defensa de identidades comunes.* Entre estos actores destacan: 1) Formas tradicionales de ayuda mutua (organizaciones religiosas y de caridad, redes comunitarias de ámbito local); 2) Movimientos sociales (sindicalismo, feminismo, ecologismo, etc); 3) Asociacionismo civil (asociaciones de vecinos, deportivas, de ocio, etc.); 4) Organizaciones no gubernamentales; 5) Fundaciones y centros de investigación de carácter filantrópico. ⁴

Al renacer del asociacionismo en los 90 cubanos tributaban simultáneamente la crisis resultante del derrumbe esteuropeo y cierto repliegue del estado como agente socioeconómico, el descrédito ideológico y práctico del socialismo estatista. Incidían además el auge de procesos de descentralización a escala mundial y regional, la proliferación de movimientos de solidaridad con Cuba, la emergencia de nuevas problemáticas y discursos reivindicativos (medioambientales, género, ecumenismo y religiosidad popular, participación urbana). En esos años se combinaron los esfuerzos de las comunidades, diversos actores foráneos y el estado para paliar los efectos de la crisis, promoviéndose el boom asociativo. Actualmente el espacio asociativo puede clasificarse según varias tipologías, en dependencia del referente utilizado. En mi caso propongo abordarlo reconociendo cuatro agrupamientos que serían: asociaciones paraestatales (AP), asociaciones antisistémicas (AAS), asociaciones sectoriales o profesionales (ASP) y asociaciones territoriales o populares (ATP).

¹ Versión resumida de una investigación realizada, en el marco de una beca CLACSO-ASDI, durante la etapa 2006-2008. El texto original y los valiosos aportes de otros colegas se encuentran en Armando Chaguaceda (comp). "Participación y espacio asociativo", Ediciones Acuario, La Habana, 2008.

² Profesor de teoría política en la Universidad de la Habana, miembro del proyecto Cátedra Haydee Santamaría y activista barrial. E. mail xarchano@yahoo.es.

³ «Sociedad civil en Cuba: diccionario urgente. » *Envío* [Managua], (184), junio de 1997.

⁴ Maritza Revilla Blanco (comp.) (2002). *Las ONG y la política*. Madrid, Ediciones Istmo.

Entre ellas las AP (Comités de Defensa de la Revolución (CDR), Central de Trabajadores de Cuba (CTC), Federación de Mujeres Cubanas (FMC), FEU y FEEM) poseen una estructura, misiones y repertorio simbólico está más identificado con la institucionalidad estatal y abarcan bajo sus paraguas a todos los grandes grupos sociales del país. Fenómeno típico de las experiencias del “socialismo de estado”, tienen carácter nacional y monopolizan la representación de determinados intereses e identidades asociativos, no permitiéndose estructuras alternativas del mismo tipo. Son funcionales al sistema político, sin dejar de constituir también una importante forma de organización social que formalmente debe representar ante el Estado los intereses y la opinión de sus miembros y, al mismo tiempo, orientar a estos las políticas oficiales sirviendo como mecanismos para la movilización y propaganda, y como espacios donde obtener ciertos amparos sociales. Cierta esquematismo, uniformidad e inercia han entronizado en los estilos de varias de estas organizaciones. Algunas poseen más legitimidad y potencial renovador (FEU) pero depende del rescate de discursos diferenciados y autónomos de los sectores que representan.

Las asociaciones antisistémicas (grupos opositores, ciertas entidades y dependencias vinculadas a la Iglesia católica y sus jerarquías) valoradas como “oposición política”, cuentan con una membresía e influencia internas tan frecuentemente sobredimensionada como soslayadas, pero que nos obliga a hacer una lectura distinta a la que realizaríamos de la contrarrevolución organizada en las décadas del 60 y 70. En aquel caso se trataba de remanentes deslegitimados del antiguo orden, interesados en detener la ola transformadora de la revolución y, por tanto, opuestos al movimiento histórico progresista. Hoy se trata de un asunto más complejo que comparte por igual la disconformidad de un sector de la sociedad en un entorno restrictivo para cualquier forma de disenso organizado y su carácter de proyecto subversivo promovido ideológica y materialmente por gobiernos occidentales, factor este que lo deslegitima ante segmentos mayoritarios de la población.

Pero serán las asociaciones sectoriales o profesionales y sus pares territoriales o populares, las abordadas por la investigación que da origen a este texto. Las primeras están agrupan a alrededor de 2 200 asociaciones civiles. Estas entidades se caracterizan por tener una tendencia a la profesionalización e institucionalización, poseen gastos importantes de funcionamiento y capacidad de gestión externa de recursos y tienden a la estabilidad y selectividad de la membresía, incluyendo en esta un personal asalariado y poblaciones-clientes. Dichas asociaciones desarrollan como regla una planificación compleja del trabajo (programas, proyectos) en áreas diversas y cuentan con liderazgos formalizados y con apreciables grados de instrucción profesional.

En cuanto a las asociaciones territoriales o populares, encontramos diversos movimientos barriales; asociados a estructuras como los Talleres de Transformación Integral del Barrio y a diversos proyectos comunitarios promovidos por ONG's cubanas y extranjeras. Poseen sentido local y esencialmente no muestran niveles de conexión entre los mismos, tendiendo a la informalidad y la territorialidad. Tienen acceso limitado a los recursos económicos y dependen de fuentes exógenas, por lo que poseen una vocación autogestionaria que apuesta por la transformación integral de las comunidades a partir de consideraciones socioculturales. Conforman una modesta agenda temática caracterizada por la focalización de problemas y cuentan con una membresía masiva y laxa, expresando un ejercicio “difuso” de coordinación y activismo (distinta a la lógica de dirigentes y miembros de espacios más formalizados) con un alto protagonismo de mujeres y profesionales.

En su conformación el estado ha jugado un papel contradictorio. Por un lado difunde tecnología y recursos materiales (agricultura orgánica urbana, construcciones alternativas), brinda especialistas en esos y otros campos (psicólogos, planificadores) y paga salarios a los miembros del equipo dirigente. Pero aunque reconoce implícitamente la existencia de estos movimientos, impide su reconocimiento legal, rechaza la conformación de experiencias de

economía popular e intenta absorber emprendimientos productivos locales. Aún así han ensayado relaciones de reciprocidad (ayuda vecinal, repartición de alimentos, donaciones a escuelas), impulsando prestaciones comunitarias de algunos trabajadores por cuenta propia y fórmulas de cooperación al contratar sus servicios para actividades de los proyectos.

Tanto en uno como en otro espacio apreciamos como la cultura política del asociativismo reproduce frecuentemente patrones tradicionales (autoritarismo, restricciones democráticas, clientelismo), aunque sus entidades incorporen prácticas alternativas (educación popular, diagnóstico participativo, trabajo comunitario) y apuesten por una sociedad más participativa y democrática. En realidad las relaciones entre estas asociaciones son tan complejas como con el resto de los componentes del sistema social, revelándose relaciones de colaboración, competencia y conflicto en el desarrollo de sus procesos interactivos.⁵

Toda forma de acción colectiva posee un acervo participativo propio –expresado en estructuras, dinámicas y culturas–, construido desde sus matrices de organización e identidad. En este texto se asume la participación ciudadana como el proceso que, emergiendo desde los niveles prepolíticos de la acción colectiva, acoge la actividad de involucramiento conciente y activo del (os) sujeto(s) en fenómenos sociopolíticos relacionados con la constitución, ejercicio y ratificación del poder, en espacios institucionales y asociativos, y en la distribución de recursos de ello derivado.

Existen diversas visiones sobre las oportunidades y desafíos de la participación en el espacio asociativo cubano. Según Ricardo Alarcón de Quesada, el veterano presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular “Esas organizaciones y otras –como las de campesinos, o profesionales o barriales- tienen una participación vital, orgánica, en la dirección de la sociedad. A ellas corresponde proponer los candidatos a diputados nacionales y delegados provinciales. Las no son solo escuchadas sino que intervienen directamente en la toma de decisiones. Entre otros ejemplos que pudiera citar: la Ley del Sistema Tributario antes de su presentación a la Asamblea Nacional fue objeto de un amplio examen en los sindicatos de trabajadores que produjo importantes modificaciones al texto original; la Ley de Cooperativas Agropecuarias, iniciativa presentada por la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, fue discutida por centenares de miles de asociados en todas las cooperativas y de esa discusión surgió la versión final del proyecto que consideró y aprobó la Asamblea.”⁶

Sin embargo, como señala el sociólogo Juan Valdés Paz: “Los avances en la descentralización de facultades, de recursos e información a favor de sectores no estatales o de instancias locales del Estado, han sido más que insuficientes. En gran medida el orden institucional muestra una alta centralización en todos los sistemas lo cual es en parte un efecto de las condiciones ambientales en que se desenvuelven y en parte un efecto de su diseño institucional y de la alta centralización del poder político (...) El objetivo sistémico de la participación popular en todos sus momentos y de manera creciente en la toma de decisiones, se ve bloqueado por la tendencia burocrática de las instituciones de cada sistema, entendida

⁵ A partir del análisis de mis experiencias personales y del intercambio con actores entrevistados, en el espacio asociativo definí una tipología de los probables conflictos: asociaciones (con o sin apoyo institucional) v.s instituciones estatales; asociaciones (con o sin apoyo de estado) v.s espacios de mercado; asociaciones v.s alianzas mercado-estado; asociaciones v.s asociaciones (nacionales o foráneas), con o sin apoyo de otros actores) y asociaciones v.s comunidades no organizadas (donde inciden los actores).

⁶ Ver "La democracia cubana no se agota en la representación formal, sino que incorpora mecanismos y formas de la democracia directa", entrevista concedida por Ricardo Alarcón a Pascual Serrano, www.rebellion.org, 6/12/2003.

ésta no tan solo como un supernumerario de funcionarios y procedimientos, sino como la toma de decisiones sin control democrático. Los avances en la descentralización y racionalización en las instituciones de los sistemas políticos y económicos, han sido insuficientes para un mayor retroceso del burocratismo.”⁷

En ese entorno la movilización y la consulta se presentan como niveles básicos de participación apreciables en Cuba, tanto en el entramado institucional como en el asociativo. Dada las carencias de la institucionalidad sociopolítica, aunque el universo asociativo seduce como espacio de comunicación democrática de demandas y sentires, no todo es idílico. En muchos casos los equipos dirigentes son electos por las bases, pero después su protagonismo es decisivo y poco fiscalizado, reservándose para los miembros el papel pasivo de beneficiarios o consultantes. A veces las directivas son objeto de atención de organismos estatales que expresan su anuencia o disconformidad, llegándose en casos concretos a ejercer presiones para la no elección de candidatos poco deseables y estimulándose la marginación de aquellos que, una vez electos, muestran actitudes y discursos críticos y rangos autonomía mayores de los “oficialmente admisibles” (aún cuando estos sean sistémicos), por lo general centrados en tradiciones de uniformidad y monolitismo.

En ello incide la naturaleza del órgano de relación, el substrato ideológico de su discurso, la formación intelectual de sus dirigentes, el rol que desempeña dentro de la intelectualidad oficial, etc. A cada asociación corresponderá, concretamente, la defensa irrestricta de sus peleados (y siempre precarios) márgenes de autonomía, la capacidad de negociar aspectos no esenciales y de principios, la habilidad para tender puentes y ganar aliados dentro del espectro asociativo, con sus contrapartes extranjeras y, obviamente, con el entramado institucional cubano, su poder de convocatoria para movilizar la opinión pública local y global ante conflictos decisivos, etc. Debe tenerse en cuenta que la participación y compromiso real de los miembros es precondition para la vitalidad y respeto que gocen las asociaciones, pero que esto es también real en sentido inverso.

En nuestro contexto coexisten diferentes culturas de participación, sin que ninguna sea intrínsecamente “mala” o “buena”, ya que simplemente poseen referentes distintos (históricos, clasistas, culturales), pudiéndose hallar aquella más tradicional, “pasiva” (te informo, sensibilizo y movilizo) que prefieren muchas de nuestras instituciones, la cual tuvo su razón de ser históricamente hablando y, pese a la necesidad de ser superada, aún conserva mucha fuerza. Tenemos otra participación, “activa”, con varios momentos donde la comunidad se reúne, hace un banco de problemas, define una agenda de prioridades, hace un plan, delega en alguien su ejecución y luego lo controla.

En ocasiones los miembros desconocen las posibilidades participativas (potenciales o efectivas), su actitud se centra en la espera pasiva de beneficios materiales, culturales, identitarios, de sociabilidad o de otro tipo y consagran como permisibles diversos rangos de comportamientos escasamente democráticos de sus liderazgos. La acción y rasgos de estos líderes dependen de tanto de sus trayectorias individuales, niveles de instrucción y educación como, obviamente, de rasgos personales. Es necesario deconstruir mitos peligrosos como el

⁷ Ver Juan Valdés Paz, “Desarrollo institucional en el “Periodo Especial”: continuidad y cambio”, en “Cultura, Fe y Solidaridad: perspectivas emancipadoras frente al neoliberalismo”, Armando Chaguaceda y Gabriel Coderch – Comp., Ed Félix Varela, la Habana, 2005

que supone que existen perfiles específicos (etarios, de género, orientación sexual, ocupacionales, etc.) que permiten postular, por ejemplo, a una joven líder ambientalista negra, pobre y lesbiana como *sujeto intrínsecamente emancipador*, ya que el enorme número de configuraciones contextuales y personales pueden depararnos una gama de sorpresas poco deseables.

Dentro de las asociaciones la participación satisface intereses individuales -identificados con el tema central aglutinador de la agenda- y una amplísima gama de expectativas personales, que incluyen las dimensiones profesionales, vivenciales, afectivas, comunicativas, etc. Los miembros se mantienen agrupados y participando en sus dinámicas asociativas pese a dificultades externas (carencias materiales, limitaciones legales, injerencia institucional) lo que demuestra un compromiso con el grupo. Este se mantiene pese a los efectos de cierta “sobreparticipación” o “militancia múltiple”, característica la sociedad cubana, por la que los ciudadanos encuadrados en las asociaciones paraestatales y las instituciones partidistas, se ven insertados simultáneamente en tantas convocatorias y movilizaciones que estas se solapan unas con otras y agotan a la gente, perdiendo efectividad.⁸

En la actualidad coexisten, dentro del espacio asociativo, varios modos de asumir y desplegar la participación, concretados en proyectos participativos.⁹ Uno identifica participación con mera *movilización*, define su sujeto como *masa*, y reduce su función a implementar las políticas diseñadas desde el Estado. Otro proyecta una imagen «onegenista» profesionalizada, urbana y eficiente, que provee servicios a poblaciones clientes y domina el sofisticado lenguaje de la gestión de proyectos y las agendas de moda de la cooperación internacional (género y violencia, desarrollo local y medio ambiente, participación y ciudadanía).

Por último, hallamos que un tercer modo consiste en sentir que participar es ser *solidario, autónomo y autogestionario*¹⁰, define sus actores como *ciudadanos* activos y expande la visión de un espacio asociativo responsable que comparte y cogestiona actividades con la institucionalidad estatal, desde la perspectiva de un compromiso crítico con el proyecto socialista. Esas posturas tienen correlatos generacionales, territoriales y culturales muy complejos que las ubican en disímiles puntos de nuestra cartografía espacial y humana. Sus ideas se expresan, veladas o visibles, en textos, debates y procesos desplegados por disímiles escenarios de la nación (ver cuadro).

⁸ Consultar “Poder más allá del poder: reflexiones desde la experiencia cubana”, Elena Martínez Canals en “Cuba: sin dogmas ni abandono, Armando Chaguaceda (comp.), Ed Ciencias sociales, la Habana, 2005.

⁹ Ver Dagnino, Evelina, Alberto J. Olvera, Aldo Panfichi (coords.) (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica/CIESAS/Universidad.

¹⁰ D’Angelo, Ovidio (2005). *Autonomía integradora y transformación social: el desafío ético emancipatorio de la complejidad*. La Habana, Publicaciones Acuario, Centro Félix Varela.

Proyectos Participativos/ Orientación	Tradicional Paradigma socialismo estatista Énfasis antineoliberal	Ciudadana Paradigma socialismo libertario Énfasis anticapitalista,	Onegenista Paradigma profesionalizado, asistencialista y mercantil
Sujeto Invocado Ideas & Valores asociados	Masa/Trabajadores Disciplina, Compromiso, Unidad, Solidaridad.	Trabajadores/Ciudadanos Responsabilidad, Iniciativa, Autonomía, Solidaridad, Ciudadanía	Ciudadanos/Clientes Eficiencia, Solidaridad, Filantropía, Subsidiariedad
Acción Rol Estado Sociedad Civil (Acuerdo a ideal)	Movilización y Consulta Estado activo Sociedad Civil Pasiva	Cogestión y Implementación Estado proactivo Sociedad Civil corresponsable	Consulta y Consumo Estado pasivo Sociedad Civil activa
Objetivo Central	Implementar/ (evaluar Et-post) políticas públicas	Codiseñar y perfeccionar la gestión pública	Intervención social redistributiva, focalizada y asistencial

Lo que muy imperfectamente he descrito en estas páginas forma parte de algo mayor. Constató un *ethos* compartido por sujetos populares, capas medias, grupos marginados e identidades emergentes en toda Latinoamérica, que en torno a la participación proponen nuevos modos de hacer y vivir la política democrática. Todos reivindican ideales de autonomía (definen su espacio y normas de acción), autogestión (procuran el control y gestión de recursos propios) y despliegan formas de horizontalidad organizativa en comités barriales, movimientos sectoriales, centros de capacitación, análisis y memoria colectiva, etcétera. Todos apuestan por formas de solidaridad auténticas y sostenibles, respetuosas de la diversidad, y eligen estrategias de desarrollo que oscilan entre el alejamiento, la colaboración o la ruptura con la institucionalidad dominante en cada país.¹¹

¹¹ Ver Hans Jürgen Burchardt (2006). *Tiempos de cambio: repensar América Latina*. San Salvador, Fundación Heinrich Böll, y Christian Adel Mirza (2006). *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina*. Buenos Aires, Programa de Becas CLACSO/ ASDI.

En Cuba la partida no esta decidida de antemano. Todo dependerá de nuestra capacidad para desplegar el potencial de creatividad ciudadana con que sorteamos los años más duros de la crisis; del real compromiso, sabiduría y ejemplaridad que demuestre la clase política, del grado de desgaste o vitalidad que acumule el proyecto y de la realización de necesarias reformas correctivas capaces de conectar la épica con las demandas de la gente. En definitiva, la importancia del debate y accionar que hoy se despliegan rebasa el mero ejercicio de una retórica elegante, el rechazo a los asistencialismos mercantilistas y la defensa de reductos comunitarios.

Esta combinación de factores configurará los destinos del pueblo cubano para el próximo medio siglo y las acciones en curso (y potenciales) decidirán cual escenarios -el capitalismo dependiente y periférico, el socialismo estatista y burocratizado, o el socialismo libertario ¹²- será el proyecto triunfante donde vivirán las futuras generaciones de cubanos.

¹² Para un concepto de socialismo libertario que comparto ver de Jorge Riechmann y Francisco Fernández Buey “Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales”, Ediciones Paidós, Colección Estado y Sociedad, Barcelona, 1994, Pág. 152- 153.